

El Arte

Revista hebdomadaria.

Director: Delayo Vizcete

Núm. 33.

19 de Agosto de 1899.

Año I.

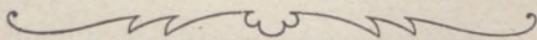
Nuestros premios.



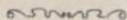
Se ha presentado en nuestra Administración el señor D. Victoriano Rodríguez, poseedor del ejemplar señalado con el núm. 3.171, correspondiente al premio mayor de la Lotería del 11 del corriente.

Cumpliendo nuestra promesa, y mediante recibo, se le ha entregado al Sr. Rodríguez un billete de ferrocarril de primera clase con destino á San Sebastián.

Los poseedores de los números correspondientes á los premios segundo y tercero no se han presentado todavía en esta Administración.



VERDUGUILLO



Alientos y energías de verdadero poeta veía yo en Rubén Darío antes de que le proporcionase comezón alguna el roedor gusanillo *modernista*. Pero, ¡ahí es nada ser *modernista*! Bueno—dirán ustedes;—y ¿qué significa eso?—No hay que asustarse; el *modernista* no es otra cosa que un revolucionario inofensivo, aunque no pacífico; un hombre que profesa nobles ideales literarios, pero que, sacando la lanza del empolvado astillero, arremete brioso contra la claridad y limpieza del habla de Castilla, rompiendo con todas las reglas imaginables y sin otro freno que su voluntad soberana.

Modernista es el Sr. Unamuno, cuya lira debiera enmudecer para satisfacción y aun regocijo de los mortales que leemos un

poco, y para consagrarse, con mejor acuerdo, á los estudios filológicos, aunque los adorne con puntas y ribetes de modernismo; modernistas son Benavente y Lanza; modernista es Turcios, que escribe, como cualquier hijo de vecino,

Estaba de rodillas ante el altar simbólico,
y había en su semblante, severo y melancólico,
el misticismo vago de un fervor apostólico.

¡Un poco más, y el poeta hondureño, con la mayor frescura y el mayor... modernismo, se nos vuelve á la *quaderna via!*

Rubén Darío no pretende remontarse á Segura de Astorga; pero escribe unas extravagancias dignas del más campanudo y desatentado principiante. Comienza un soneto, y dice:

Mira el signo sutil que los dedos del viento
hacen al agitar el tallo que se inclina
y se alza en una ritmica virtud de movimiento...

Los comentarios huelgan. Que un poeta se imagine el viento con dedos que hacen signos, es un colmo. Y hay que tener en cuenta que, en todo caso, los tales signos no los harían los dedos del viento; lo que podría ocurrir, á todo tirar, es que los malaventurados dedos hiciesen describir signos al tallo, lo cual es cosa muy distinta, y es, seguramente, lo que quiso decir el poeta. Además, el tallo, *se alza en una virtud de movimiento*, indudablemente porque el Sr. Darío no paró mientes en que el tallo no puede poseer la virtud del movimiento oscilatorio ni alzarse en otra parte que en la tierra.

En los versos siguientes siguen los dedos del viento haciendo de las suyas: armados

con el áureo pincel de la *flor de la harina*
trazan sobre la *tela azul* del firmamento
el misterio inmortal de la *tierra divina*;

y, poco después, dice Rubén Darío de la naturaleza que es un
vasto altar en donde triunfa la azul sonrisa.

El soneto, como ven ustedes, está escrito en versos de diferentes número y medida. Los hay de doce, trece, catorce y aun quince sílabas, mezclados sin orden ni cosa que lo valga, compuestos sin armonía ni espíritu poético, y dados á la estampa para asombrar al mundo con las audacias de un *modernismo* que irrita los nervios. Si todo el arte de los señores modernistas consiste en escribir de tan extravagante modo; si toda esa cacareada regeneración literaria se limita á decir cosas de este jaez:

Baja por la constancia y desciende al abismo,
cuya entrada sombría guardan siete panteras;
son los Siete Pecados capitales, las siete bestias fieras,

ó

alma que el sol sonrosa y que la mar zafira,
sabe que está el secreto de todo ritmo y pauta
en unir carne y alma à la esfera que gira;
si à esto, repito, ha de venir à parar nuestro genio poético y
nuestras infulas de poetas, más valiera enmudecer para siempre
y no dar à las generaciones que nos sigan el triste espectáculo
de la locura en el arte.

Continuaré otro día.

Don Gil de las Calzas Verdes

Cuentecillo.

Un ricachón de *Bolonia*,
hombre desprendido y pródigo,
para celebrar sus bodas,
à los convidados todos,
lo que pesaron en *bruto*
se lo entregó en onzas de oro.
Y un andaluz, de Sevilla,
al leerlo en un periódico,
soltando una carcajada
esclamó con gran aplomo:
«No me eztraña. Eza cozitas
sólo las hace un... *bolonio*».

J. Martín-Granizo

LA MUERTE

La campana anuncia
con triste tañido,
aquellos momentos
de angustia y de frío.
Desli a la gente,
se apagan los cirios
y sacan el féretro
con mucho sigilo;
no paran en casa
ni deudos ni amigos;
silencio profundo,
sollozos, suspiros

y seres que lloran
à aquel sér querido,
en el que cifraron
amor y cariño.
Al tender la vista
por aquel recinto,
consuelo me presta
la imagen de Cristo
Ante ella me postro
de hinojos, y digo:
*¡qué tristes, qué solos
se quedan los vivos!*

R. Fernández Estéban



Palabras de ellas.

—•••••—

X

Te vi cruzar la calle,
y al mirar aquel cuerpo y aquel talle
no pude reprimirme, impresionado
me aproximé á tu lado,
te dije infinidad de tonterías,
y como todas, tú me respondías
con esa muletilla de cajón:
—¡Es usted un guasón!

XX

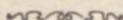
Ahora soy tu marido;
nuestras almas los dos hemos unido;
y si al ver tus encantos seductores
me pongo á echarte flores,
aunque te agraden éstas,
tú siempre me contestas
con acento burlón y desdenoso:
—¡Cuidado que eres soso!

Jesús Niosalido



Arleta

FRAGMENTO



—Ahora, así, ya que estamos solitos,
sin Luz y sin madre, que turben mis ansias,
y podemos decirle á la lengua:

¡no seas cobarde, y atrévete y habla!

Yo te ruego, María, que escuches

¡por Dios te lo pido! con paz y con calma
unas cosas que voy á decirte...

—¡Vamos, hombre; desahoga tu rabia!

.....

—Yo era entonces pequeño, tan chico,
que apenas seis años de vida contaba,
esa *edá*, en que la pena maldita

ni el alma nos roba, ni el cuerpo nos mata;

y *trascurren* los días alegres,

y se corre por calles y plazas,

y al dormirse se sueña con flores,

con música y besos, y nidos y estampas...

Y dispensa, María, si dejo,

recordando la dicha pasada,

que al balcón de mis ojos se asomen

suspiros y penas, placeres y lágrimas.

—¡Mira, Juan, no prosigas la historia!

Que siento la sangre subirse á mi cara,

y... ¡no sigas hablando, Juan mio!

—¡Te he dicho que me oigas!

—¡No!... ¡mátame!

—¡Calla!

Una tarde al volver de la escuela,

alegre y ufano, con una medalla

que don Dimas me puso en el pecho,

diciendo: ¡Granuja... qué bien te la ganas!

Con el gozo en la cara *pintao*,

más contento que un día de Pascua,

fui corriendo á besar á mi padre

á la obra del Romo, donde él trabajaba.

Y aún paréceme estarle mirando,

con la cara *enyesá*, en una tabla,

donde expuesto á romperse el bautismo

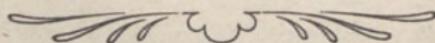
ganaba el *cocido*, sustento de casa;

un jornal ¡mal robao á aquel hombre
por esos que rien y triunfan y mandan
y pasean en coche, y *tién* titulos,
consegutos á fuerza de infamias!

.....
Lo mismo fué verme, y oír aquel ¡padre!!
que yo *dende* abajo grité con *toa* el alma,
saltó del andamio, dejó allí el *palustre*,
el *cubo* y el *yeso*, el *saco* y la *llana*;
y se vino *pa mí*, y de alegría
brotaron sus ojos ¡dos perlas! por lágrimas,
que al caer en mi blusa, ¡lo mismo
que estrellas del cielo noté que brillaban!
No recuerdo del tiempo que estuvo
su rostro *curtío*, *pegao* á mi cara,
bendiciendo á mi madre y á Cristo
por haberle *otorgao* una *alaja*...
Sólo sé, que después al oído
repetióme: «Juanico, vé á casa,
que hoy á madre le ha *dao* Dios un ángel
pa que sea en el mundo tu hermana!»
—Y esa hermana...

—Eras tú, la que un día
deshonraste del viejo las canas...
de aquel viejo, que al pie del arroyo,
y envuelta entre trapos, un día te hallara
¡transformada en un sol sin destellos!
¡convertida en un ángel sin alas!

.....
Adelardo Gueros Vázquez



EL SUEÑO DE UN POETA



.....
¡Ser inmortal! La gloria, la fama... ¡Dejar un nombre impe-
recedero, eterno! Sí: eso quería él; por eso luchaba, por eso ponía
en la contienda toda su sangre, todo su nervio, todas sus ener-
gias...

Y así, valiente y decidido, sin desmayar nunca, siempre esperanzado y animoso, seguía luchando, luchando...

.....
¡Qué camino más hermoso!

Las flores más bellas y olorosas se inclinaban á su paso meciéndose coquetonamente, como si quisieran rendirle vasallaje... Los pájaros entonaban en la enramada sus cantos más armoniosos, más frescos é inspirados, saludándole con trinos y gorjeos... Una brisa suave y perfumada le acariciaba haciéndole estremecer de placer.

Seguía andando.

De pronto vió venir á ella... A ella más hermosa que nunca, más sugestiva, más incitante... Sus cabellos de oro caían en graciosa cascada sobre la blanca espalda... Sus ojos miraban dulcísimos... Su boca, roja y fresca, modulaba besos y frases de amor... Su blanca túnica revelaba, castamente, redondeces y curvas de incomparable belleza...

—¡Oh, ya estás aquí!—murmuró el poeta.—Ya eres mía... ¡Cuánto he sufrido por conseguirte!...

—¡Loco!—replicó ella; y echándole los brazos al cuello, le abrazó con pasión.

—Sí, vida mía... Tú eres la mujer de mis sueños, mi Diosa, mi Reina, mi... Pero, ¡no aprietes tanto, que me ahogas! Por tí todo lo he sufrido con gusto, casi con placer... Tu imagen no se apartaba un momento de mí, consolándome y sosteniéndome. Por tí... por...

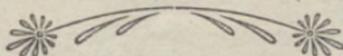
—¿Qué es eso? ¿Qué tienes?—interrogó ella abrazando más y más.

—Nada, vibora. Me has matado.

—Sí; te he ahogado como á todos mis pretendientes, como á tus antecesores, como á los que te sigan... Soy la Gloria; la Gloria, ¿oyes? y mis amantes no son míos hasta que son cadáveres... En vida no me entrego á nadie, á ninguno. Siendo inmortal, quiero la muerte. La tuya, hoy... ¿Qué te importa?

Al fin te pertenezco; para siempre, para la eternidad... Eres uno de mis elegidos. Ya ves, ¿qué te ha costado? Nada... ¡Un sacrificio más; una ilusión menos!

.....
Agustín García Cano





Retrato... original.

—*—

Encargóle cierta dama
de rostro apergaminado,
su retrato á un inspirado
pintor de bastante fama,
y así dijole: —¿Es posible
omitir al retratarme
lo que pudiera afearme,
el defecto más visible?
El ému'o de Murillo,
á fuer de amable y discreto,
para salir del aprieto
ideó un medio sencillo:
Forjó en su imaginación
una espléndida vestal,
con los labios de coral
y los ojos de carbón.
Tomó el pincel con premura,
y tal cual la hubo soñado,
con descaro inusitado,
pasó al lienzo la figura.
Bien la señora podía
dar plácemes al pintor,
pues era inmenso el favor
que en el retrato le hacía.
Y ya la *efigie* acabada
puso el artista al final:
«Doña Fulana de Tat,
corregida y restaurada.»

Rómulo

La cueva de los moros

x

Ya el cielo se veía á menudo manchado por gigantescos nubarrones; el cierzo arrastraba rápido los glaciales efluvios del polo para gozarse en envolver con ellos los árboles desnudos; las grullas cruzaban el firmamento en grandes bandadas, yendo en busca de los calores del mediodía.

El invierno se aproximaba.

Y como al aproximarse el invierno, es la cosa más natural buscar el calor (elemento que hace bastante falta durante el invierno en el N. de la provincia de Burgos, que es donde ocurrió la historia que voy á contar), Domingo, labrador modesto y honrado, viendo en lontananza unos cuantos meses de inclemente frío, determinó casarse con una moza que le quería.

Efectivamente. Una de las primeras noches de Noviembre de 1808, se reunieron en casa de los padres de la novia, éstos, como es natural, los del novio y los tórtolos, con el objeto de exigir palabra solemne de casamiento á los futuros cónyuges, determinar el día y gastos de la boda, y asignar los padres á sus hijos respectivos, ciertos utensilios de labranza y tierra *para que comenzaran á vivir*.

—Conque, chicos, ya lo *sabís*—dijeron los suegros en ciernes á los amartelados jóvenes, cuando se dió por terminada la conferencia,—ya lo *sabís*; *pa* el día de San Andrés la boda.

María, que así se llamaba la novia, dejó dibujar en sus frescos labios una sonrisa encantadora.

—¡*Miá* cómo se lo ríe la moza! ¿eh?

—¡Otra! ¿Me voy á poner á llorar?

—Y tiene razón; venga otro trago, consuegro.

—Allá va la espuela; y que Dios quiera que nuestros hijos *se junten pa bien*.

Y unas veces hablando formalmente y otras veces burlando, llegaron los conferenciantes al portal de la casa. Al abrir la puerta de la calle, una ráfaga de aire helado se introdujo á la par que un cantar, no muy lejano, que decía:

Eres blanca como el cuervo
y bonita como el hambre.
coloráa como la cera
y gorda como el alambre.

—*Miá* por donde sale ese *miquitrefe*.

—Déjale, Domingo, que se pudra; que yo he de ser siempre *pa tí* sólo, porque aquí, dentro del pecho, guardo calor, mucho calor para tí, y para él frío, mucho frío, más frío que las heladas de Enero...

Y mediante las despedidas de rúbrica y un cariñoso pellizco de Domingo á su María... se levantó la sesión.

Aquel *miquitrefe* era un mozo del pueblo que había pretendido casarse con María, pero ella, con muy buen acuerdo, le había despreciado por bruto y por farolero.

XX

Muy contentos estaban Domingo y María, pensando en el buen invierno que iban á pasar; pero, ¡los malditos franceses no habían de servir para nada bueno!

Las tropas al mando de Blake se habían esparcido por Montija y Espinosa de los Monteros para hacer frente á un grueso ejército francés que estaba en Balmaseda. Cuando la patria está en peligro, y más en aquellos tiempos en que había arraigado en todos los pechos el noble grito de *¡Independencia!*, sería baldón imborrable no salir á su defensa; por eso todos los mozos del país que no estaban en filas, se proveyeron de fusiles y se fueron á engrosar el ejército español, llevando en su corazón un solo orgullo: el de luchar por la patria; y en su boca un solo grito: el de ¡mueran los franceses!

También Domingo empuñó su correspondiente fusil, y aunque sufrió muchísimo antes de separarse de su María, que abrazada á su cuello juraba no soltarle, hizo por último un esfuerzo supremo, y dejando su corazón en el pecho de la inconsolable joven, marchó con toda su alma á ponerse á las órdenes de Blake.

Amaneció el 10 de Noviembre de 1808. Todo en el campamento era entusiasmo; las posiciones estaban bien tomadas; ningún cobarde había en filas, porque sólo el odio á los franceses hacía brotar el valor en el pecho más tímido; «¡Nos veremos las caras!» decían oficiales y soldados. ¡Ay! Pero llegó la noche y el ejército español estaba desordenado; con menos gente, pero con más odio á Francia... Había sido vencido por un enemigo superior en número y en medios de combate.

En medio del general desbarajuste, los paisanos se retiraron á donde pudieron, hasta que el vencedor siguió hacia Villarcayo.

Los mozos del pueblo de Domingo volvieron á sus casas avergonzados por la derrota, pero también por la derrota más animados para el combate. Ese es elgenio español.

Todos volvieron, pero Domingo no aparecía; nadie sabia dar noticias de su paradero.

María, la pobre María, que le amaba con toda su alma, lloraba sin consuelo.

—¡Me le han matado!—decía—;Ay, perros de franceses!

Y ocultando su lindo rostro entre las manos, lloraba amargamente por su bien perdido.

Para avivar su dolor ya infinito, el bruto, el farolero, á quien ella habia despreciado, se complacia en cantar debajo de su ventana:

Muchachas, si queréis novios,
pintarlos en las paredes,
que los mocitos de España
mueren matando franceses.

María se desesperaba, enloquecía; no podía sufrir la sarcástica burla del que odiaba en el alma; y una tarde, cuando ya el crepúsculo vespertino desaparecía, subióse por un estrecho sendero que corre en zig-zag hacia la cumbre de una peña próxima á la aldea, y entróse para llorar en la soledad su desgracia, dentro de una cueva que el vulgo, en su afán de atribuirlo todo á los hijos de Mahoma, ha dado en llamar la *Cueva de los moros*.

Pero Domingo no habia muerto; sólo habia sido hecho prisionero, y al cabo de un mes, después de otra batalla favorable á los españoles, hubo canje de prisioneros y recobró la libertad.

¡Con qué ansias corría Domingo en busca de su pueblo, en donde no menos anhelante le esperaba su ideal, su María! ¡Con qué gusto la consolaria del dolor de la ausencia! ¡Con cuánto cariño la estrecharía en sus brazos y bebería sus lágrimas, no ya de dolor, sino de inmensa alegría!

Todas estas ideas nacian amontonadas en su cerebro, cuando ya á la entrada del pueblo se encontró á un pastor. La primera pregunta fué para su María.

—Y mi pobre María, ¿qué hace?

—¡Pobre María!—repitió el pastor,—nada se sabe de ella. Cuando fuiste á la guerra volvieron todos menos tú, enloqueció

de dolor, y, sin saber cuándo, se marchó no sabemos dónde, y nadie la ha vuelto á ver. ¡Pobre María!

—¡Cómo! Pero, ¿nada, nada se sabe?

—Es decir—replicó el pastor,—se sabe y no se sabe. ¿Ves la cueva de los moros?—añadió, señalando á la peña.

—Sí,—suspiró Domingo.

—Pues hay quien ha oído, y yo soy uno de ellos, hay quien ha oído dentro de ella suspiros de mujer.

—¡Oh! ¿De veras? Vamos, vamos á ver. Es ella, es ella.

—Aguárdate, Domingo; hace ya muchos días que no se oyen, y si eran de tu María, la pobre estará ya en el cielo.

—Vamos, vamos á verla; quiero abrazarla viva ó muerta.

—Pero, Domingo, ¿no sabes que ninguno de los que han entrado en esa cueva ha salido, porque allá dentro no hay respiración?

—¡Que no la haya! Quiero verla, quiero besarla.

El pastor creyó inútil el trabajo de disuadir á Domingo, y le acompañó hasta la boca de la cueva.

—¿Ves allá dentro un bulto?—dijo el pastor señalando el fondo oscuro de la caverna.

—¡Sí! ¡Mi María! Ella, ella es...

Y sin que el pastor pudiera remediarlo, Domingo, fuera de sí, echó á correr hacia dentro y desapareció en la oscuridad.

XV

En el pueblo no se ha vuelto á saber más de Domingo ni de María.

Sólo los pastores del país dicen, que asomándose á la *Cueva de los moros*, abierta en la peña que por el N. se introduce en el pintoresco valle de Mena, se ve allá dentro, entre la maleza, un esqueleto de rodillas, llorando al lado de otro esqueleto que está tendido en el suelo.

B. Melchor Merino



AMANE CER



Ya las aves despiertan;
huye la sombra;
se matiza de flores
la verde alfombra;
riza el mar á lo lejos
limpias espumas,
y las velas se pintan
entre las brumas;
ya de la aurora
se ha encendido la llama deslumbradora.

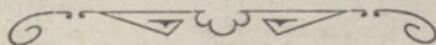


Tú, en éxtasis dulcísimo
prestas al alma
delicia incomparable...
dichosa calma...
tú, de gracia la inundas
con gran consuelo,
lo mismo que á las vegas
el arroyuelo,
cuando el torrente
raudo se precipita por la corriente.



De tí copian sus luces
las alboradas,
las aves sus canciones
enamoradas,
los cielos y los mares
su transparencia,
la brisa su frescura,
la flor su esencia...
¡No es dable ver
otra cosa más bella que amanecer!

Cleto Torralba



Las visitas



Pocas cosas habrá en la vida que encuentre más antipáticas que una visita en la que haya que observar las reglas de la rigurosa etiqueta.

Nos encontramos algunas veces escudriñando nuestra imaginación para que brotando algún chiste, nos paguen diez reales en el *Gato flaco* ó en el *Perro rabioso*, y á lo mejor nos encontramos en un rinconcito de la memoria con que aún debemos la visita á las de Guindez y... á dejar nuestro trabajo y á cambiar los diez reales por unas horas de fastidio.

El otro día fui á ver á D. Tadeo Averno, íntimo amigo de mi difunto abuelo, según dicen malas lenguas para demostrar la vejez del buen señor, y al presentar á un amigo que me acompañaba, cambié los nombres y balbuceé:

—El Sr. Averno.

Aquello se transformó en sangrienta batalla campal. La esposa de D. Tadeo quería tirarme la cazuela de la sopa; el chiquitín de la casa descargó un fuerte palo en la cabeza de mi amigo, yendo acto seguido á ocultarse entre las faldas de su mamá, y yo á duras penas pude dominar la situación y calmar los ánimos.

D. Pepino Largo y Flaco, á quien cuadran maravillosamente sus nombres, pues es como una espiga de trigo de las más largas y delgadas, fué días pasados á satisfacer una deuda que desde tiempo inmemorial había contraído con la visita de la familia Gansez, y fué víctima de uno de los mayores crímenes que se registran en los anales de las visitas (frases textuales.)

Cuando D. Pepino entró, oyó una acalorada discusión entre D. Timoteo Gansez y su esposa Doña Tecla; pero con su presencia cesó la discusión, y él fué objeto de los mayores agasajos.

Filiberto, el *nene* de la casa, se apoderó del bastón y de su sombrero de copa, con ánimo de colocarlos en su sitio, y poco después esgrimía ambos objetos en son de guerra, resultando de la batalla la separación de la tapa del resto del sombrero y la rotura en dos pedazos del bastón.

Largo quiso protestar y marcharse, pero las súplicas y ofrecimientos de Timoteo y su mitad le hicieron quedarse.

—Filiberto, —dice Doña Tecla, —en disculpa á este señor, recítale esos versos que compusiste á varios amigos de la casa.

El niño obedeció, y á poco trajo un gran legajo de papeles. Luego, adoptando una posición nada académica, comenzó á leer:

Apuestos caballeros
Elegantes señoras,
Poneros los sombreros,
Que la confianza sobra.

—¡Bravo!—dijo D. Pepino, queriendo evitar que el niño continuase.

—No; no es nada—dijo Doña Tecla;—sigue, Filiberto.

Y Largo tuvo que aguantar aquella lluvia de versos *asin poder abrir el paraguas de la protesta* (frases textuales).

Cuando terminó el niño, Gansez preguntóle qué tal, y él contestó:

—Muy bien; si Filiberto continúa su estudio, llegará á ser una lumbrera.

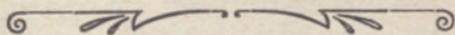
Esto enorgulleció de tal modo á Doña Tecla, que *sin fijarse* volcó encima de D. Pepino una taza de café que en aquel momento conducía la criada.

El visitante no pudo contenerse y salió precipitadamente de la casa sin aguardar la indemnización que por sus prendas personales le correspondía.

Poco después era sacado del estanque del Retiro por uno de «los del orden».

Se cree que falleció por efecto de las quemaduras y del disgusto.

Roger de Lavastier.



COPLITAS



Yo á quererte; tú á odiarme...
y allá veremos
quién de los dos, chiquita,
cede primero.

—

¡Lagrimitas mías,
tan mal empleadas!
que la gitánica por quien las derramo
no sabe apreciarlas.

—

¿Sabes lo que dicen,
al cantar, los pájaros?
Que eres la gitana más zaragatera
que vive en el barrio;

y yo, que ya estoy
de saberlo harto,
voy y me río la mar con las cosas
que dicen los pájaros

—

Mala sangrecita tienes,
que después de que me engañas
hablas de mi malamente.

—

Pon tu manita, gitana,
encima del corazón,
y dime si lo que has hecho
tiene en el mundo perdón.

Eduardo de Bustamante



Clodoveo. — No tengo la composición que indica usted en carta al Sr. Administrador. El artículo no me sirve.

L. M. — Aprovecharé un cantar.

F. L. C. — Habrá que corregir los versos agudos.

R. G. H. — Se publicará. Gracias

E. M. A. — *J. G. E.* — *R. M. M.* — *R. F. y E.* — *J. Q. M.* — *J. X.* — *Un Diputado por Calabacín.* — *E. A. M.* — No me sirven. Pero, ¡thora les ha dado á ustedes por lo romántico!

J. M. G. — Admitida.

A. M. O. — Sirven los cantares.

E. P. B. — Corrija usted el fíval y envíemela de nuevo.

FIJARSE INVENTO FIN DE SIGLO

Recreativo * Práctico * Instructivo * Util * Económico.

Máquinas de escribir las más baratas, sólidas y sencillas que se conocen

¡15 PESETAS UNA!

Con estas máquinas se verifica la escritura con facilidad y rapidez, y el escrito aparece muy claro y limpio.

Por su ínfimo precio, además de poder figurar en cualquier despacho ó escritorio, es un magnífico objeto de regalo para los niños, pues les instruye y deleita.

DEPOSITARIO EXCLUSIVO:

LUIS VILASAU,

Calle Amargós, núm. 18,

BARCELONA

Centro de suscripciones á "El Arte,"